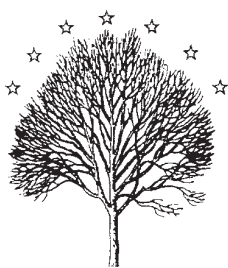


Daniel Cotta

AQUÍ,
ENTRE NOSOTROS



NÚMENOR
CUADERNOS DE POESÍA

41

CUADERNOS DE POESÍA

4I

Director:

FIDEL VILLEGAS

Daniel Cotta

AQUÍ,
ENTRE NOSOTROS

Prólogo de
JESÚS COTTA

SEVILLA **NÚMENOR** 2025

© Daniel Cotta
© *Del prólogo*: Jesús Cotta
© Fundación Altair (2025)

ISBN: 978-84-129525-3-7
DL: SE-668-2025

PRODUCCIÓN EDITORIAL:
Los Papeles del Sitio

EDICIONES DE LA FUNDACIÓN ALTAIR
Apartado postal 5056
41080-Sevilla (ESPAÑA)
libros@altair.edu.es

A mis padres,
Miguel e Isabel,
por la vida,
por la fe.

PRÓLOGO

PROLOGAR a mi hermano es un hito en mi vida. Hemos pasado juntos tantas tardes hablando de poesía, aliterando y metaforando y jugando con las palabras como si fueran niños, tocándolas como si fueran instrumentos, hemos hecho juntos tantos concursos de octavas y de décimas, nos hemos leído tanto el uno al otro lo impublicado y lo publicado, lo publicable y lo impublicable, que, si yo no hubiera acabado prologándolo en esta vida, habría acabado prologándole en la otra alguna de las obras que, puesto que se es poeta para siempre, sin duda va a escribir: desde un gran poema épico sobre alguna de las batallas de las Centurias contra las Huestes, hasta un gran canto lírico sobre cien mil maneras de esculpir una estrella.

Daniel, además, nació poeta desde el seno de nuestra madre. *Nascuntur poetae, fiunt oratores*. Lo mecíamos en la cuna y ya iba él respirando al son del latido cósmico, el que desde los días del Edén nos ha susurrado los números y la música que crean el verso. Luego tuvo la fortuna de un padre enamorado de la poesía, que componía sus coplas flamencas y recitaba poemas con el corazón encendido y disfrutaba, hasta las lágrimas, oyéndonos recitar. Su buena racha, orquestada desde arriba, continuó con unos buenos profesores de li-

teratura en el colegio, en el instituto y en la universidad. La buena literatura, la buena música, lo atraía como al aire fresco una ventana abierta. Jamás he visto una persona que haya leído con tanto aprovechamiento y placer todo el Siglo de Oro y el Romanticismo. Sí que he visto muchos que, tras lecturas tan áureas, se quedan ahí, y no encuentran ya su propio camino. No es su caso: él se aupó a hombros de gigantes para encontrar su camino y hacer gracias a ellos una poesía personal y suya para el mundo de hoy y tener la fuerza de auparse a otros a hombros.

Para ser un poeta digno, basta con tener conocimiento y oficio; para ser un buen poeta, hace falta también talento; pero, para ser un gran poeta, hace falta algo que viene del Cielo. Lo primero se adquiere con esfuerzo; con lo segundo se nace; y lo tercero, el favor del Cielo, me temo que sólo se recibe.

El oficio, que es el único factor que depende del poeta, son las copas de cristal que él labra para cuando venga la inspiración. Daniel comenzó a labrar las suyas desde que aprendió a escribir. Guardo con devoción sus primeros cuentos y sus primeros versos. Ha cultivado desde niño y cada vez con más soltura metros y estrofas como ovillejos, redondillas, sonetos. Unos doce años tendría cuando compuso una oda sáfica que me sé de memoria y aún me acuna.

Y de su talento doy fe; nació no sólo con oído y habilidad para adentrarse en las entrañas del idioma, sino también con una mirada original y sensible, un espíritu creativo e inquieto. Casi todo lo que sé del canto, de la parte rítmica, eufónica y sonora de la poesía, lo he aprendido de él o con él. Es, además, un sintacta nato: yo le ponía complejísimos períodos sintácticos latinos que ni Cicerón, y él los traducían resueltamente.

En cuanto al favor del Cielo, tengo para mí que la gracia se prodiga especialmente en las personas capaces de mirar el mundo con ojos de niño y amarlo con corazón de hombre, y por eso al Cielo le gusta escanciarse en el cristal purísimo de los poemas de Daniel.

Ha sido toda una bendición tener en mi propia casa un maestro tan joven y tan transparente y tan generoso conmigo: he tenido con él una suerte tremenda. Cuando un poeta me gusta mucho, estoy deseando conocer cosas de él, de su infancia, de sus primeros versos, y de todo aquello que lo movía a escribir. Pues con este poeta tengo la suerte de haber vivido todo eso. Y lo mejor es que sigo sin conocerlo del todo, como ocurre con los poetas inspirados.

Y ahora voy a intentar hablar de él como si fuera un poeta que sólo conozco de leídas. Y entonces ¿qué puedo decir? Que todo lo que de él he leído destaca por tres distinciones que sólo encuentro en la alta poesía.

La primera es su imaginativa y creativa intrepidez verbal para ahondar en el Misterio. Cualquier otro poeta con tal ingenio creativo se hubiera quedado cautivo de sus fuegos de bengala y de toda la cohetería visual; pero la habilidad para la luz de este poeta no hace sino alumbrar un poco más esta Catedral Infinita que estamos intentando entender, a la vez que nos muestra que era mucho más grande de lo que imaginábamos. ¿Qué otra cosa sino ésa hace en el impresionante poema «Soy»? «Entre el billón de opciones que tenía de no ser, / escogiste, Hacedor, la más insólita».

La segunda distinción consiste en las perspectivas imprevisibles que adopta en cada poema, para desacostumbrarnos al tema y redescubrirlo a nuestros ojos. Son muchísimos los poemas que adoptan una perspectiva secreta o asombrosa para tratar un tema. Él no dice:

«Hala, me voy a poner a cantar a un árbol»; sino que contempla el árbol, por ejemplo, como pueda contemplarlo una hormiga que se ha quedado prisionera en la resina o como pueda vivirlo un gorrión que quiere aprender a volar desde una rama, y al cabo de varios versos, de varias ramas, uno se da cuenta de que está en un árbol. Unos poemas empiezan *in medias res*, como si fueran sólo el fragmento de una conversación pillada al vuelo, como ocurre con «*Argumentum puerile*»; otros parecen proclamados por un profeta en el desierto, otros por un niño en sueños. Incluso un anónimo asteroide de forma irregular es el protagonista de uno de sus poemas. Y todas esas insospechadas maneras que tiene de empezar cada uno de ellos nos elevan de verso en verso hasta una cúspide final: el del Buen Ladrón empieza en una oficina y al final nos lleva al seno de la Gracia; en otro, un juego de tiempos verbales acaba en los lirios del campo; o un contraste filológico con los adverbios de siempre nos pone en la palma de Su mano; y con la imagen de un televidente nos ofrece un panorama estremecedor y a la vez enternecedor de Dios.

Y la tercera distinción es esa capacidad para llegar al meollo de la cuestión (una cuestión que nunca es baladí: la inocencia de un niño, la infinitud del Amor, el balbuceo de las criaturas...) con lo imaginativo y subjetivo más que con lo argumentativo y objetivo. La profundidad humana y experiencial de poemas como «Aguantarte las ganas» y «La artimaña de Jesús» no cabría en sendos y sesudos tratados de teología. Es un poeta que sabe que la realidad es demasiado honda y bella para el lenguaje meramente lógico y designativo, y que la mejor manera de hablar de ella como ella merece es echando la imaginación a volar, que es ahí donde pillamos a la verdad desnuda.

Aquí, entre nosotros, cuánto me gustaría ser en esta vida el hermano de un poeta como ése y encontrármelo luego en la otra en los Elíseos y sentarme con él a la misma mesa donde ríen y hablan de poesía Safo y Homero, Dante y Camoens, Juan y Teresa, Lope y Federico.

JESÚS COTTA
(Marzo de 2025)